

Pablo Aguayo de Hoyos

# Un traje nuevo para el abuelo



u

## Tabla de contenido

- [Introducción](#)
  
- [Primera parte](#)
  - [1 El retrato disfrazado de Papa Noë](#)
  - [2 Sonata desentonada](#)
  - [3 Abriendo puertas](#)
  - [4 Las fuentes de la memoria](#)
  - [5 Hilos del pasado](#)
  - [6 Versión Oficial de la Historia Familiar,\(VOHF\)](#)
  - [7 La ausencia en el retrato](#)
  
- [Segunda parte](#)
  - [Día 1 ¡Que viva México!](#)
  - [Día 2 Como en casa](#)
  - [Día 3 La escalinata del Ateneo](#)
  - [Día 4 Los habitantes de la memoria](#)
  - [Día 5 Las huellas de los refugiados](#)
  - [Día 6 Ramón de Velasco](#)
  - [Día 7 La pista masónica](#)
  - [Día 8 Panteones](#)
  
- [Tercera parte](#)

# Un traje nuevo para el abuelo

Pablo Aguayo de Hoyos

[unoeditorial.com](http://unoeditorial.com) \* [info@unoeditorial.com](mailto:info@unoeditorial.com)

## **Dedicatoria**

Quiero dedicarle estas líneas a mi madre,  
Enriqueta de Hoyos,  
esa voz necesaria,  
tan añorada,  
tan dentro.

Ella fue testigo de tantas idas y venidas familiares,  
con esa manera de estar en todo tan humilde y cercana,  
que me resulta casi imposible imaginar este escrito sin  
ella.

## **Agradecimientos**

Son muchas las personas que han hecho posible este li-  
bro  
y prefiero no mencionar a ninguna en concreto  
por miedo a que se me quede alguna en el olvido.

Gracias a todas ellas por compartir conmigo  
sus vivencias y recuerdos.

## Introducción

Esta es mi modesta aportación a algo en lo que creo: para mirar adelante con esperanza hay que asumir lo que se deja atrás.

España tiene aún pendiente un elemental ejercicio de reparación y justicia de lo ocurrido durante los 40 años de franquismo. La herencia de aquel siniestro régimen ha sido un secuestro sistemático de la verdad y el olvido deliberado de aquellas personas convertidas en criminales por defender la libertad.

Rechazo tal legado y, aunque sea a través de esta novela, reivindico la memoria contra la impunidad del franquismo y la amnesia complaciente en la que vivimos.

## Primera parte

*Este bosque, este bosque  
es igual que otros bosques.  
Y sin embargo, yo quizás quisiera  
estar en otros bosques.*

\* \* \*

*Otoño silencioso de este bosque,  
¿me estoy desvinculando de la patria,  
alejándome, perdiéndome?  
Haz que tus hojas, que se lleva el viento,  
me arrastren hacia ella nuevamente  
y caiga en sus caminos  
y me pisen y crujan  
mis huesos confundándose  
para siempre en su tierra.*

Rafael Alberti  
(Fragmento de "Abierto a todas horas")

## 1

## El retrato disfrazado de Papa Noël

Un aire frío barre las calles y ya los comercios de la calle principal comienzan a echar el cierre con estrépito. Algunos clientes rezagados se reencuentran tras años de separación y se saludan con grandes aspavientos. La vida les ha puesto en caminos distintos, pero la mayoría cumple con el rito de volver a casa para la cena de Nochebuena.

Feliciano, Salma y su hijo Toñín, desempolvan los adornos navideños de la casa de los padres de él. Ése año, excitados con la ilusión del chiquillo, sacan hasta los angulosos corchos de las montañas del portal de Belén. Un exceso. Desde hace unos cuantos años Margarita, la madre de Feliciano, ya no se siente con fuerzas, ni ganas, de meterse en tantos preparativos. Han colocado una mesa, arena y musgo para hacer el campo, el río con el trozo de espejo, el puente, las montañas de corcho, las figuritas... Por último, han hecho nevar harina sobre el conjunto. Sólo falta colocar un papel sobre la pared para simular el cielo estrellado. Pero justo encima de la ubicación que han elegido para el nacimiento, cuelga el retrato de un familiar. El lienzo de gran tamaño muestra en primer plano la figura de un hombre de unos 65 años sobre un fondo campestre. Feliciano hace un mohín de disgusto: no. El rostro serio como de haber hecho una mala digestión de aquel señor no pega de ninguna manera. A toda prisa, deciden integrarlo en la escena. Le han sobrepuesto una barba blanca de algodón y un gorro de papá Noël.

Los tres se parten de risa. Feliciano recuerda haber visto antes aquél cuadro en alguna de las salas "nobles" del chulé de su abuela materna. Sin embargo, no consigue preci-

sar cuando se ha mudado hasta esa pared. Aparece Margarita traída de la mano de su nieto para que contemple la obra:

–Desde luego, qué poco respeto tenéis por vuestros antepasados –le dice algo molesta a su hijo.

–¿Quién es ese señor? –pregunta Toñín divertido.

–Es el Tío Benito –dice Feliciano–, mi..., mi...

Y trata de recordar su parentesco con él, pero no lo consigue. Se da cuenta de que no sabe prácticamente nada más sobre el invitado sorpresa de esta Nochebuena. Gira la cabeza hacia su madre esperando una respuesta; Toñín ya ha volado:

–Pues anda que estás tú poco enterado –dice Margarita– Era mi abuelo, o sea, tu bisabuelo José.

Feliciano se queda perplejo. Tiene narices la cosa, toda la vida viendo este retrato y no tengo ni idea de quien es. Mira a Salma, que se encoge de hombros, y se lanza a preguntar:

–¿Y por qué fue tan importante?

–Mi padre Fernando se marchó a Méjico y dejó a mi madre con 5 hijos y uno de camino..., así que mi abuelo José, este señor del retrato, tuvo que hacer de padre.

–¡Ah! –dice un tanto satisfecho Feliciano, no obstante su curiosidad ya se ha disparado– ¿Y por qué no volvió Fernando?

Oye el hondo suspiro de su madre; mira de reojo a Salma que le hace un mohín y piensa: Vaya, pinché en hueso. Y a continuación llega un gran estruendo desde el pasillo seguido por el incontenible llanto de Toñín. Fin del interrogatorio navideño.

## 2

### Sonata desentonada

Cuando era pequeño Feliciano tenía dos sueños. Uno, ser inspector de Policía; lo sabía desde que jugaba al escondite. El otro era tocar el violín. Ése sueño también tenía que ver con el famoso juego infantil. Lo averiguó al ir a esconderse junto a una de sus primas bajo la mesa camilla del chalé de su abuela. Ella le dijo que tocaba el instrumento y él no sabía de qué estaba hablando. Ella simuló el vaivén del arco sobre las cuerdas y le pareció que tenía que ser lo más excitante del mundo.

Ya de mayor perdió parte de su amor por la música aunque siguió con la idea de hacerse inspector. Sin embargo, las duras pruebas físicas fueron un impedimento para acceder a la Academia. Orgulloso, no renunció a su afán detectivesco: se matriculó en la Universidad. Tres años más tarde obtuvo el diploma de investigador privado. Hizo las maletas y se marchó del pueblo cargado de ilusiones. Entró en sociedad con un paisano de parecidas inquietudes y se establecieron en la capital de la provincia. No les fue bien, al poco tuvieron que cerrar aburridos de esperar algún cliente.

Feliciano ya no volvió a casa: tuvo suerte y lo contrataron como vigilante nocturno en una empresa de seguridad. Las horas observando los monitores de las cámaras de vigilancia eran eternas. Pensó en aprovechar el tiempo y practicaba escalas algunos ratos durante sus largas noches en vela. Pero pronto tuvo que dejarlo, sus compañeros no tardaron en apodarlo como *el señor de los ruidillos*. Se matriculó en Derecho, y tiempo después se graduó como Asistente Social. Hastiado de la empresa y sin apenas afinidad con los

compañeros de trabajo, un buen día pidió la cuenta y montó su propio despacho.



Han pasado algunos años desde que se estableció y hoy, la placa a la entrada del edificio le proporciona algunos clientes. Sin embargo, él no cesa en su empeño por hacer lo que realmente le gusta, y ofrece también sus servicios como investigador privado. Al principio le salieron unos cuantos casos en los que puso mucho empeño: infidelidades y abandonos familiares, absentismo laboral, bajas fingidas, espionaje y sabotaje industrial... Y algo que se había puesto de moda en los últimos años: airear las rencillas entre políticos de segunda regional. Aquello le parecía un sucedáneo aceptable de su sueño, pero andando el tiempo ya no disfruta con tanta impostura como se ve obligado a tragar. Fantasea, aún le gusta recrear una escena vista mil veces en las películas de serie negra: se abre la puerta de su despacho y una chica de largas piernas requiere sus servicios.

Salma es una mujer vital. No hay reto que le venga grande. Ella tampoco trabaja en lo que le gusta y ejerce su inquietud sanando almas, algunos ratos que puede escamotearle al papeleo de su oficina. Tiene fe en las personas. Es soñadora y sensible a cuanto le rodea.

Feliciano y Salma hacen una pareja que a priori puede parecer agua y aceite. Sin embargo, la relación ha funcionado hasta ahora. A él le parece que la botella está medio llena, a Salma sólo le gusta verla rebosante. Lo cierto es que, a veces, el líquido escapa sin control. Como una gaseosa a la que se hubiera agitado frenéticamente.

Los años de convivencia de la pareja se notan: Feliciano está últimamente instalado en un planeta distante de la

realidad familiar. Y de todo. El trabajo ha dejado de interesarle. Despacha sus escasos compromisos y pasa la mayor parte del tiempo leyendo o tratando de sacar algún sonido coherente a las reacias cuerdas de su violín. Eso es lo que ahora le hace levantarse cada día y amortigua un poco el descorazonador escenario de su monótona vida. A ratos, imagina que escribe una novelilla que tiene en la cabeza: personajes viviendo al límite, tiros, pasiones desgarradoras, un poco de humor y mala leche. Un bombazo, según cree. A pesar de todo, nunca pasa de la primera página: le falta fe.

Salma comienza a impacientarse. No es esto lo que espera de su pareja. Confía en que la reacción natural de Feliciano va a llegar en cualquier momento. Pero no, no llega. Cansada, trata de forzar algún encuentro, pero él sigue ausente.

Una noche a las tres de la madrugada, lo encuentra en la cocina tocando el violín frente al portátil.

–¿Se puede saber qué te pasa? –dice Salma que aún está adormilada.

–¡Qué susto! –Feliciano apaga el ordenador atropelladamente, la imagen de una mujer en la pantalla se desvanece de súbito.

–Pero, ¿qué haces desnudo?

Él trata de cubrirse cómicamente, el violín resbala y al caer emite un quejido. Toñín aparece en la cocina:

–Mamá, ¿qué pasa? –El niño mira espantado a su padre.

–Toñín, vuelve a la cama...–le ordena Feliciano– No pasa nada.

–¿Has perdido el juicio?

–No, Salma, te juro que...

–Feliciano, para. Estoy harta de tus secretos. No quiero vivir más una relación así: ¡se acabó!

A Feliciano le cuesta reaccionar:

–Salma... Sé que te he hecho daño y te pido perdón por ello... Estoy tan confundido... Pero también sé que te quie-

ro y me gustaría tener una oportunidad para demostrártelo.

–¿Y por qué tendría que creerte ahora? –Dice Salma alzando la voz– Es demasiado tarde...

Su voz queda entrecortada por el llanto y Feliciano se asusta al ver su gesto de desprecio, nunca había estado tan alejado de ella.

–Salma, por favor... –se le resquebraja la voz y rompe a llorar también– ¡Puedo cambiar! –implora él.

–Quizá, pero ahora no quiero verte más como eres... Tienes que marcharte, Feliciano.

## 3

## Abriendo puertas

La doctora Isabel Menta es una psicóloga reputada. Trabaja una terapia de moda: una mezcla de gestalt con psicología holística y un puntito de prácticas naturópatas. Y no le va mal porque en la sala de espera nunca faltan los clientes.

Feliciano acude durante cerca de un año a la consulta de la doctora. Allí aprende a relativizar sus problemas, a mirarlos con perspectiva, a entender lo que es la empatía. Dibuja docenas de arbolitos que Menta disecciona con sus gafas emocionales y le enseña ejercicios para calmar la ansiedad y sanarle. Al cabo de ése tiempo, Feliciano es optimista. Cree que ha madurado lo suficiente para retomar su relación con Salma con un compromiso sincero. Le pide a la doctora Menta que le de el alta:

–De acuerdo. Ya no tienes que venir más por aquí, si no quieres. Veo por lo que me cuentas, que las cosas con Salma están en una fase distinta y quizá puedan arreglarse. – Feliciano siente elevarse del silloncito, se le ilumina la cara de alegría. –¿Quieres una infusión? –le ofrece Menta.

–Sí, gracias.

La Doctora Menta se levanta y acerca una bandeja con una jarra de agua, un servicio de té y una cesta con varias bolsitas.

–En cualquier caso, no te precipites... –dice la Doctora y tras servir el agua hirviendo en las tazas añade– Yo te aconsejaría que des el paso cuando estés completamente seguro de lo que quieres. Y antes de darte el alta, voy a proponerte un ejercicio de meditación como despedida. ¿Te apetece?

–Sí, me parece bien. ¿Me tumbo?

–No, esta vez lo haremos sentado... No hay prisa, tómate la infusión tranquilo.

La doctora pone en marcha un pequeño altavoz y comienza a oírse una melodía que evoca un lugar con altos árboles y pájaros que parecen conversar al son de la música.

–¿Estás preparado?

–Sí.

–Vale. Siéntate cómodamente, reposa tus manos sobre las piernas y concéntrate en tu respiración. Cierra los ojos y visualiza cómo tu ombligo avanza al tomar aire y cómo retrocede al soltarlo... Despacio, respira con normalidad y obsérvala.

Menta habla pausada, deja las palabras en el aire armoniosamente, siguiendo las subidas y bajadas de la música hipnótica que flota en el ambiente.

–Ahora imagina que estás en una espaciosa sala, con techos altos y unos grandes ventanales desde los que se ven plantas afuera. Sales al exterior, hay muchas plantas y árboles... No alcanzas a ver sus copas, son altos, magníficos. Paseas y encuentras una regadera. Está llena pero no te pesa. Te entretienes en echar agua a cada planta que encuentras.

(...)

–Hay una planta que te atrae especialmente. Te acercas a ella y te sientes bien contemplándola. Te acomodas junto a ella: estás relajado y notas que de la planta emana una luz... Es una luz brillante que entra en ti, te traspasa y te llena poco a poco. Te hace sentir cada vez mejor... En paz contigo mismo y con los demás... Conectado. Respira profundamente y quédate en ése bienestar unos minutos.

Feliciano acaba por abandonarse y se deja llevar por los sonidos de la jungla imaginada. Al cabo, la música calla poco a poco y Menta rompe el silencio con su cálida voz:

–¿Qué tal, cómo estás?

–Bien... Muy bien.

–¿Qué has visto en la meditación? Cuéntame...

–He imaginado que estaba en una casa que me resultaba familiar, me sentía pequeño... Creo que me recuerda al chalé de mi abuela, sí. Había una galería con grandes ventanas y mucha luz, pero había algo que me impedía ver el exterior: una especie de muro, me parece. Luego estaba en un porche y he visto un jardín o un lugar parecido. Estaba todo lleno de plantas y macetas. Había un cerezo precioso...

–¿Y qué planta has elegido?

–Una glicinia o algo así. Estaba emparrada y llena de racimos en flor colgando. Me he metido debajo y he sentido como el calor de los rayos del Sol a través de sus flores violetas.

–Es curioso... Dices que has visto un muro delante de las ventanas, ¿no? Eso puede ser una pista de algo que te bloquea, que te impide ver más allá... Por otro lado, dices que has visto flores moradas; ése color se relaciona con la sanación y algo más: con un mensaje.

–¿Un mensaje?

–Sí, puede ser algo que portas tú y que lo está esperando alguien.

Feliciano, incrédulo, sigue las interpretaciones de Menta. Las encuentra muy vagas pero no fuera de lugar.

–Dices que has visto el chalé de tu abuela... ¿Recuerdas alguna mala experiencia en ésa casa?

Feliciano piensa un instante y responde:

–No tengo buenas vibraciones con su recuerdo, pero no veo nada en especial que me provoque rechazo.

–Luego está lo de la planta. La glicinia, la sanación. Quizá nos indique que en esa casa se necesite una limpieza... Quizá algún suceso relacionado con la casa que no esté resuelto. No sé, ¿le ves algún sentido?

–Puede, creo que algo sucedió en mi familia materna pero no he sido nunca capaz de enterarme qué pasó.

–Y luego está lo del color violeta: el mensaje. Y el bloqueo... Feliciano, –Menta hace una pausa meditada y jun-